

CICLO DE CONFERENCIAS
«Testigos de la fe / El valor de los mártires»

6ª CONFERENCIA
Domingo 16 de marzo 2014

«Los mártires de la revolución de 1789 en Francia»

Ponente: Abbé Jean-Pierre Laulom

Advertencia:

Voy a utilizar la palabra «mártir» en sentido muy amplio, de persona que ha sufrido, que ha padecido por su fe, que ha dado su vida por motivos religiosos o, a veces, mezclados con otros motivos y no en el sentido estricto que utiliza la Iglesia y que da paso a la beatificación y postrera canonización.

-I- Las causas remotas de la revolución de 1789

-1- Las Cruzadas.

Para conocer, explicar y entender la revolución de 1789 y el martirio de los que murieron en ella, hay que remontarse hasta el siglo XI.

¿Cómo las Cruzadas pueden ser un primer motivo y causa de una revolución que ocurrió siete siglos después? Porque, con motivo de las ocho cruzadas, entre 1095 y 1270, salieron masivamente del país los nobles y caballeros de la época.

La primera cruzada fue predicada en 1095 por el papa Urbano II (uno de los nueve papas cluniacenses, de la Orden benedictina de Cluny) en el concilio provincial de Clermont. Con el denominado *Appel de Clermont* consiguió levantar un movimiento muy entusiasta de fieles, señores, campesinos y hasta niños para salir a liberar el Santo Sepulcro de Cristo.

Es innegable que la primera cruzada fue un impulso entusiasta y muy religioso para defender la tumba de Cristo. Con el grito que siempre exclamaban: «¡Dios lo quiere!» (*Dieu le veut!*), salían al combate. Curiosamente, todavía existen en Francia muchos pueblos llamados *Dieu le veut* (o *Dieulivolt* en francés medieval) ¡Admirable impulso de toda una generación!

Hubo una cruzada de niños en el año 1212. Desde Cloyes, cerca de Orléans, un grupo importante de niños, unos treinta mil, marcharon hasta Marsella para embarcarse y defender la tumba de Cristo. La mayoría no consiguió salir de Marsella. Era un impulso muy místico. Se decía que el Mar Mediterráneo se abriría a sus pasos para ir a Jerusalén (como había sucedido a los Hebreos con el paso del Mar Rojo).

En el año 1251 hubo una cruzada de campesinos y de pobres, que llegaron a ser unos cincuenta mil, y no pudieron llegar a Jerusalén al haber muerto de hambre o masacrados antes de conseguir su objetivo.

Las Cruzadas fueron un impulso auténtico, católico, religioso, para defender y velar el Santo Sepulcro de Cristo.

Una de las consecuencias de estas cruzadas fue la desaparición paulatina de la nobleza. Cuando un caballero estaba ausente cinco, diez años y a veces, incluso, no volvía a sus tierras, la pérdida de autoridad e influencia era muy rápida. Se conoce el refrán popular: «El que fue a Sevilla, perdió su silla». También se aplicó una ley no escrita, pero siempre muy bien aplicada: «Quítate de aquí, que yo me pongo».

De esta forma, el poder político y económico de la aristocracia, de la nobleza, se fue debilitando progresivamente.

Las Cruzadas provocaron que miles de personas comenzaran a llegar a Jerusalén. Los caballeros debían poseer, por lo menos, tres caballos, tres armaduras y un equipo de peones y criados. Todo ello costaba muchísimo dinero, por lo que la nobleza perdió poder económico y, posteriormente, poder político al desaparecer de sus tierras durante mucho tiempo.

La primera cruzada terminó el 15 de julio del año 1099. Fue la única «Toma de Jerusalén» y pronto se fundó el «Reino latino de Jerusalén». Las siete cruzadas posteriores no tuvieron éxito.

-2- El siglo XIII

En el siglo XIII la población de Europa se triplica debido a los avances de la medicina y a los progresos de la agricultura. Los monjes benedictinos cluniacenses, y después los cistercienses, se dedicaron con verdadero entusiasmo a desbrozar Europa que, hasta entonces, era un gran bosque. Por este motivo hay más cantidad y variedad de productos agrícolas y, por lo tanto, se come mejor y se vive mejor, lo que provoca un aumento considerable de la población.

En el año 1064, el papa Pablo VI dijo en Montecassino que «los monjes benedictinos habían proporcionado a Europa: el arado, el libro y la cruz».

Por otro lado, en el siglo XIII, debido a la larga ausencia de los caballeros y nobles por motivos de las cruzadas, la burguesía (habitantes de los burgos) aumenta su poder económico y, cuando consigue el dinero, alcanza también el poder político.

El siglo XIII es el siglo de la emancipación de la burguesía, que busca tener un papel más destacado en la sociedad. Tardarán casi cuatrocientos años en conseguirlo, pero acabarán obteniéndolo, de forma especial, los vendedores, los comerciantes, tanto en el ámbito nacional como internacional.

Este fenómeno llega hasta el siglo XVIII. La revolución del año 1789 es consecuencia directa del ascenso de la burguesía, llevado a cabo desde el siglo XIII. La revolución consagrará la dominación definitiva de la burguesía sobre la nobleza y el siglo XIX será, como se sabe, el siglo de la burguesía que llegará a conseguir el poder en casi todos los países europeos.

En el momento de la revolución, los burgueses se van a enriquecer

muchísimo, comprando los llamados «bienes nacionales», los bienes de la Iglesia, que a partir de 1790 fueron vendidos en subasta pública a precios muy bajos.

Es importante recalcar que de estos bienes no se pudieron aprovechar los pobres o los campesinos, sino que beneficiaron a los que ya tenían dinero para poder adquirirlos, comerciantes y burgueses que, de esta manera, mejoraron su poder adquisitivo y tomaron fuerza como poder político.

El tema de los «bienes nacionales» fue una estafa (algo parecido a lo de la Desamortización de Mendizábal en 1835-1836 en España). Vender los terrenos, casas y propiedades de la Iglesia no fue en provecho de los pobres, ni de los campesinos, sino de los que ya tenían dinero y que pudieron comprarlos a precios muy bajos.

François de Chateaubriand (1768–1848), diplomático y escritor francés, decía: «Las revoluciones no quitan privilegios, solo los hacen cambiar de manos».

En el siglo XIII, también debemos destacar otro movimiento importante en Francia: el «Movimiento comunal» (régimen político de las comunas urbanas). Este movimiento se desarrolló de forma especial, además de Francia, en Bélgica, Holanda, Alemania e Italia (su influencia fue poco destacada en España). Consistió en que las gentes de las ciudades (burgueses y comerciantes) consiguieron independizarse del poder de la Iglesia (obispos o abades) y del señor local, y fundaron comunas (sinónimo de ayuntamiento). Como nuevo símbolo de su poder construyeron unas casas comunales en donde destacaban sus altas torres (símbolo de este nuevo poder) que eran un desafío al poder de la Iglesia, de alguna abadía potente o del obispo o señor feudal local. El edificio público más emblemático de este tipo de construcción es el *Palazzo Pubblico* de Siena.

-3- El Renacimiento

Es conocido de todos que el símbolo más típico del Renacimiento es el fresco de «La creación del hombre» en la bóveda de la Capilla Sixtina, obra de Miguel Ángel.

Desde principios del siglo XVI se comienzan a abandonar los temas religiosos, base de la cultura durante toda la Edad Media. El teatro, la literatura, la música, la pintura consistían, hasta entonces, en temas casi exclusivamente religiosos. Durante el Renacimiento hay un retorno a lo clásico, a la mitología griega y latina, la gente se apasiona por las aventuras de Zeus, de Baco y otros dioses de la Antigüedad.

En esta época también hay un gran interés por el estudio de la anatomía del hombre (los dibujos de Leonardo da Vinci), y por el conocimiento del mundo.

El Renacimiento es un tiempo de placer, de danza, de música pagana. La primera ópera que se compone en el mundo es del compositor Claudio Monteverdi: *L'Orfeo* que trata sobre la leyenda de Orfeo en la Mitología.

Todo esto se aleja mucho de la cultura cristiana, de la cultura católica. El papa san Juan Pablo II decía constantemente que las épocas de grandes

civilizaciones siempre habían sido tiempos de síntesis entre la fe católica y la cultura del mundo ambiente. Esto ocurrió en el siglo XIII cuando santo Tomás de Aquino, teniendo a sus ojos como modelo a san Luis, rey de Francia, escribió su tratado de política *De Regno* sobre el gobierno de las naciones. Era la época famosa de la cristiandad del siglo XIII.

Algunos dicen que esta época no existió nunca. No fue perfecto, está seguro, pero sí que existió un tiempo en que conectaron felizmente la cultura, la vida de las gentes y la fe católica. Y hoy por hoy, el drama, como se sabe, es el alejamiento tremendo (y que va aumentando) entre la cultura del mundo y la fe católica.

-4- La Ilustración

La Ilustración está considerada como una de las causas más directas de la revolución de 1789. Nace a finales del siglo XVII y se desarrolla a lo largo del siglo XVIII. No se puede imaginar qué asalto se llevó en contra de la fe católica. Salió de un movimiento francés llamado *L'Encyclopédie* (la Enciclopedia) y que pretendía unificar todos los conocimientos que se tenían en ese momento sobre el mundo, el hombre y las ciencias. En definitiva, quería recopilar todo el saber de la época.

Destacaron figuras como: Diderot, uno de los iniciadores de este movimiento; Montesquieu, artífice de la teoría de la separación de poderes y de temas políticos que triunfaron en la revolución de 1789; Jean-Jacques Rousseau, persona que abandonó a todos sus hijos y escribió un tratado de educación, y no creía en la maldad del hombre ni en el pecado original y consideraba que todos los hombres eran buenos, por lo tanto, lo que nos corrompe es la sociedad; Voltaire, el mayor bandido de la historia, tuvo unas críticas tremendas a la fe católica. Durante algún tiempo, terminaba todos sus escritos con la expresión *écrasons l'infame* («aplastemos al infame»), pero al mismo tiempo en su capilla del castillo de Ferney, cerca de Ginebra, cada domingo asistía a misa y se le incensaba como señor del pueblo.

La sociedad francesa del Antiguo Régimen estaba compuesta por tres cuerpos: el clero («los que rezan»), la nobleza («los que combaten») y *Le Tiers-Etat* (el Tercer Estado, «los que trabajan»), que eran las personas que no estaban incluidas en ninguno de los dos cuerpos anteriores. El movimiento de la Ilustración quería unificar a estos tres cuerpos, lo que provocó el arranque de la revolución de 1789.

Aquí debemos hablar de la Masonería. Este movimiento entró en Francia a partir del año 1750 procedente de Inglaterra, donde se creó en 1735. En Francia se extendió rápidamente. Así, la famosa Abadía benedictina de Saint-Germain-des-Prés, en París, tenía varias logias masónicas entre sus monjes.

También son de destacar las logias formadas entre los militares, los legistas y los médicos. Este movimiento influiría muchísimo en el arranque de la revolución. Hay que notar el convento de dominicos de la calle Saint-Honoré de Paris donde se

reunía un club filosófico formado por numerosos masones, el famoso *Club des Jacobins*. De aquí salieron las ideas políticas y filosóficas más destacadas que llevaron a la revolución de 1789. Y, aunque lo nieguen los masones, hay que citar aquí el congreso masónico en la ciudad de Frankfurt (Alemania) en el año 1788, en el que se votó y se acordó la eliminación del rey Luis XVI.

-II- Una extraña revolución

-1- Desde una procesión del Santísimo hasta un Te Deum.

La revolución de 1789 empezó con una procesión del Santísimo y acabó con un *Te Deum* en la Catedral de Notre-Dame-de-París ¿Qué revolución empieza y termina de esta manera?

El 4 de mayo de 1789, en Versalles, se celebra una inmensa procesión como inicio de la Asamblea de los *Etats Généraux*, que se constituían con la representación de todos los cuerpos del reino: clero, nobleza y tercer estado. Esta asamblea no tenía reuniones con fechas fijas. El rey de Francia la convocaba cuando lo necesitaba y, sobre todo, en tiempos de crisis económica y de escasez de dinero en las arcas del estado. Cuando el rey Luis XVI la convocó en el año 1789, hacía siglo y medio que no se celebraba ninguna y, en este caso, la Monarquía francesa, al borde de la bancarrota y arrinconada por la aristocracia regionalista, buscaba encontrar un medio de salvación convocando los Estados Generales.

En la procesión de inicio, hablando vulgarmente, empezó el «lío». El marqués de Dreux-Brézé, maestro de ceremonias del rey Luis XVI, fue el encargado de regular las cuestiones de etiqueta y de precedencia entre los diferentes estamentos. Hubo grandes complicaciones entre ellos. Los representantes del Tercer estado, muy austeros, iban en la procesión con sencillos vestidos negros, cubiertos con un manto negro, llevando en la mano un cirio. Después se situaba la nobleza con un traje dorado, muy elegante, con numerosas condecoraciones. Pero lo peor fueron las peleas entre los representantes del clero, porque los obispos (todos de alta nobleza) se negaron terminantemente a desfilar mezclados con el «bajo clero». Exigieron una separación de los mismos que se llevó a cabo con un batallón de la Guardia Suiza.

Este asunto puede parecer anecdótico, pero de aquí saldrán grandes tensiones dentro de la celebración de la Asamblea de los Estados generales, y la reunión del «bajo clero» con el tercer estado (tenían que reunirse, actuar y votar por separado) pocos días después del inicio de los trabajos, desencadenará la transformación en «Asamblea constituyente», que es el verdadero arranque de la revolución.

Por otro lado, la revolución terminó el 18 de abril del año 1802, momento en

el que Napoleón Bonaparte ejercía como «primer cónsul» (en un principio fue uno de los tres cónsules gobernantes, más tarde se nombró «primer cónsul», después «único cónsul» y, posteriormente, emperador).

En 1801 se firmó un concordato, gracias a los trabajos de los cardenales Caprara y Consalvi. ¡Tanto lo deseaban Napoleón Bonaparte y el papa Pío VII! Sobre todo, querían terminar con la enorme crisis religiosa que supuso esta rebelión ya que, a partir del año 1793, prácticamente no había vida religiosa en Francia, excepto la que se llevaba a cabo en la clandestinidad.

Cuando Napoleón se sintió con autoridad suficiente, inmediatamente quiso solucionar el problema religioso. De esta forma, en la catedral de Notre-Dame-de-París, el 18 de abril de 1802, día de Pascua, se cantó un *Te Deum* muy solemne para celebrar la entrada en vigor del mencionado concordato, que ponía fin a trece años de crisis agudísima, de auténtica persecución.

Delante de la catedral, el arzobispo de París, acompañado de treinta obispos, esperaba a Napoleón que llegó en carroza con lacayos de librea. Algunos de los oficiales de Napoleón reprobaban el acuerdo y la ceremonia y manifestaron su descontento; Bonaparte tuvo que ordenar enérgicamente su asistencia al acto y exigir su obediencia. Uno de ellos exclamó: «¡Aquí sólo faltan los cien mil hombres que han muerto para abolir esto!»

-2- «Verdades cristianas convertidas en locura»

El famoso escritor inglés, Gilbert K. Chesterton, dijo que «la revolución francesa se basaba en verdades cristianas convertidas en locura».

El inicio de la revolución se basó en ideas cristianas: justicia, igualdad, atención a los pobres, a los extranjeros, derechos fundamentales de la persona, libertad, etc. Eran valores evangélicos y en los cuadernos de reivindicaciones que hubo en toda Francia antes de la revolución (*cahiers de doléances*) no salió nada en contra de la Iglesia o de la fe católica, sino todo lo contrario.

Efectivamente, empezó con verdades cristianas, pero rápidamente se convirtió en una locura. Se conoce el refrán latino: *Corruptio optimi pessima* («la corrupción de lo mejor da lo peor»). Las verdades cristianas del principio de la revolución, con el tiempo, se transformaron en una auténtica persecución.

El giro de la revolución sucedió en el verano de 1790. Muchos diputados de la Asamblea pensaban que se había terminado la revolución (se había establecido un régimen monárquico constitucional). Nadie atacaba al rey ni a la Iglesia. Los moderados, que eran la mayoría, consideraron que, de esta forma, se había terminado la revolución y era hora de volver a casa. Pero no fue así.

-3- La revolución empieza gracias al clero.

En la famosa asamblea de los Estados Generales, el día 17 de junio, parte del clero se niega a sentarse en la zona reservada para el mismo (el clero se sentaba a la derecha del trono, la nobleza a su izquierda y el Tercer Estado enfrente). En las normas se establecía que cada estado debía sentarse en un lugar determinado.

Un grupo de sacerdotes rebeldes (pertenecientes al bajo clero) responden al Tercer Estado para la formación de una asamblea. El 25 de junio, los tres cuerpos reunidos se autoproclaman «Asamblea constituyente». La revolución ha empezado.

Los Estados Generales, que eran una asamblea consultiva (el rey consultaba, pero él decidía), se autodeterminaron diciendo: “somos asamblea constituyente y no nos separaremos antes de dar a Francia una constitución”. Eran 149 diputados del clero, con 47 diputados de la nobleza que se juntaron con el Tercer Estado. El 27 de junio, el rey cede e invita al clero y a la nobleza a que se unan a la nueva asamblea. El 9 de julio de 1789 la asamblea adopta el nombre de Asamblea constituyente.

Muchas veces, las revoluciones están basadas en mitos. La «Toma de la Bastilla» nunca existió. No deja de ser un claro ejemplo de tergiversación histórica. La Bastilla no era un castillo fuerte, era una única torre. En ella había siete presos, los guardias eran inválidos, es decir militares heridos en guerra. No hubo ningún asalto. El mito de la «Toma de la Bastilla» como inicio de la revolución de 1789 se potenció, de forma especial, a finales del siglo XIX, con la celebración del «Primer centenario de la revolución» como apoyo para consolidar la naciente república.

-4- La «Constitución civil del clero», persecución abierta.

La Constitución civil del clero, aprobada el 12 de julio de 1790, constituye el arranque de la persecución religiosa.

Hasta ese momento nadie se atrevía a atacar al rey, al clero, a la fe católica. Pero la aceptación de la «Constitución civil del clero» por la Asamblea supuso un trastorno total para la vida de la Iglesia. Era muy grave, no solo suponía variar el número de diócesis (algo con lo que la Iglesia ha sido siempre bastante flexible), sino que el Papa dejaba de tener autoridad para el nombramiento de obispos y, a su vez, los obispos no podían nombrar a los sacerdotes. Se organizaron asambleas electivas que, en definitiva, eran las responsables de la elección de los obispos y sacerdotes. Se aniquilaba la constitución jerárquica de la Iglesia.

El Papa no lo pudo aceptar. El rey Luis XVI tardó mucho, pero al final, no teniendo respuesta del papa Pío VI, firmó la Ley el 24 de agosto de 1790. El papa Pío VI puso muchos reparos y tardó un año en decir que no aceptaba la Constitución civil (10 de marzo de 1791). Ahora se sabe que unos obispos galicanos, jansenistas, presionaron al Papa para que no contestara rápidamente y, sobre todo, para que no condenara la «Constitución civil del clero», que era la culminación de lo que querían: para los filósofos de la Ilustración, los militares, los nobles acostumbrados a las ideas liberales de la Enciclopedia y de la Ilustración, los jansenistas del clero y galicanos que querían limitar el poder del Papa, su modelo era una Iglesia nacional. Desde Jacques-Bénigne Bossuet (1682) hablaban de «las santas libertades de la Iglesia galicana» (en contra del Papa).

A pesar de la oposición de una gran mayoría del clero, la Asamblea votó el 26 de noviembre de 1790 la obligación del juramento cívico de los sacerdotes,

clérigos y obispos que suponía la subordinación al Estado. La mayoría del clero diocesano se negó a prestar este juramento (de ciento treinta y cinco obispos, solo lo emitieron cuatro; más de la mitad de los sacerdotes se negaron a hacerlo. Sin embargo, una gran mayoría de religiosos sí lo prestaron). A partir de este momento hay una oposición total, radical de la mayoría de los obispos y de los sacerdotes a la «Constitución civil del clero» y esto supuso la persecución para aquellos que se negaron a prestar el juramento.

Dicen que fue un punto de ruptura, que la revolución se suicidó el día que la Asamblea emitió la obligación del mencionado juramento. Hubo una ruptura total en el clero entre los refractarios, que se negaban a prestar el juramento, y los juramentados («les jureurs»), y esa ruptura dividió también al pueblo.

-III- Los casos emblemáticos

Aquí estudiaremos varios casos emblemáticos, de mártires en el sentido amplio de la palabra, que dieron su vida, en gran parte, por motivos religiosos.

-1- El rey Luis XVI

El rey Luis XVI fue condenado a muerte en enero de 1793. Fue otro golpe a la revolución debido a las consecuencias que tuvo su muerte en la opinión pública, sobre todo fuera de París. El pueblo estaba conmocionado y el grito «han matado al rey» se extendió por toda Francia. Al pie del cadalso, junto al rey, se encontraba el sacerdote irlandés Henri Edgeworth de Firmont, que le atendió en sus últimos días y le dijo una frase que posteriormente se hizo muy famosa: «Hijo de san Luis, ¡usted sube al cielo!» («*Fils de Saint Louis, vous montez au ciel!*»).

Esto ha sido motivo para que haya personas que pidan la beatificación del rey Luis XVI. Hubo varias tentativas de beatificación, pero nunca se abrió el proceso oficial (sobre este tema la Santa Sede es absolutamente intransigente; el motivo del martirio tiene que ser únicamente por odio a la fe y por ningún otro motivo, ya sea político o económico). Para la muerte de este rey había muchos motivos políticos y el más importante era la eliminación de la Monarquía.

-2- La reina María Antonieta de Habsburgo.

Princesa de Austria, en 1770 se casó a los catorce años con el entonces delfín de Francia y futuro Luis XVI.

Su muerte fue un episodio terrible de la revolución. Condenada por traición, fue guillotizada el 16 de octubre de 1793. Su proceso fue una farsa. No hubo prácticamente instrucción y la imputaron cosas inverosímiles: incesto con sus hijos e hijas, alianza con los enemigos de Francia (entre ellos con su hermano José II, emperador de Austria) y algunos crímenes totalmente inverosímiles. Sus abogados no tuvieron tiempo de preparar su defensa.

Los restos de Luis XVI y de María Antonieta descansan en la Catedral de Saint Denis, al norte de París, donde están enterrados los reyes de Francia.

-3- El Delfín: Louis Charles

Herederero de la Corona de Francia a la muerte de su hermano mayor (que murió a la edad de 7 años, un mes antes de estallar la revolución). Nació en el año 1785 y fue encerrado con sus padres en la Torre del Temple en París y separado de los mismos. Su historia, tan breve en sus días, pero tan intensa en sus tormentos y martirio, lo han hecho objeto de una atención continua por generaciones. En los últimos años, su figura ha sido recordada al depositar Luis Alfonso de Borbón su corazón en la cripta de la Catedral de Saint Denis.

Después de la muerte de su madre, estuvo dos años encerrado en una celda sin poder hablar o ser visitado por nadie. Hablamos de un niño de diez años. Le pasaban la comida por un ventanuco de la puerta. Estuvo totalmente abandonado y acabó viviendo al ras de suelo como un animal. De esta forma trataban de que olvidara quien era, su condición de heredero de la Corona de Francia. Murió en un abandono total, de miseria fisiológica y moral en junio de 1795. Es un caso típico de lavado de cerebro y de desestructuración total de la persona.

-4- El papa Pío VI

Este es un caso menos conocido que los anteriores. Giovanni Angelo Braschi nació en 1717. En el año 1798, el Directorio, gobierno de la última fase de la revolución, ocupa la ciudad de Roma y constituye una república romana. Hay que indicar que Roma fue prefectura y capital del departamento francés del Tíber. La Cancillería apostólica «Palazzo della Cancelleria», situada entre el actual Corso Vittorio Emanuele II y el Campo de Fiori, lleva todavía en su ático la inscripción «Corte imperiale de Napoleón, departamento del Tíber».

En 1798 se declaró la República romana. El Directorio deseaba que el Papa renunciara a los Estados Pontificios para unirlos a la mencionada República romana. El Papa se negó y fue apresado el 20 de febrero de 1798, recluso en un convento de Siena y luego trasladado a un monasterio de cartujos de Florencia para, finalmente, deportarlo a Valence-sur-Rhône en calidad de prisionero de Estado. Había abandonado Roma agonizante y pidió que le dejaran morir allí. El general francés que lo detuvo le respondió: «Morir se puede hacer en cualquier sitio». Pasó los Alpes en una camilla y llegó exhausto a la ciudad de Valence. Falleció el 29 de agosto de 1799. No hubo funeral cristiano pero sí honores militares por un jefe de Estado. El prefecto del departamento inscribió en el registro de defunciones: «Falleció el ciudadano Braschi, profesión de pontífice». Mandó un mensaje a París diciendo: «Ha muerto el último papa». En enero de 1800 Napoleón autorizó el traslado de sus restos mortales a Roma y fueron enterrados en las grutas vaticanas.

No hubo ningún intento de beatificación de Pío VI. Usó de nepotismo para colocar a numerosos familiares a la cabeza de los asuntos económicos de la Iglesia.

-5- El papa Pío VII

También fue víctima de la revolución. Barnabeo Chiaramonti nació en 14 de

agosto de 1742. Ingresó en la Orden benedictina y fue elegido Papa en Venecia, nueve meses después de la muerte del papa Pío VI, en el Convento de San Giorgio (en la pequeña isla de San Giorgio Maggiore, enfrente de la Basílica de San Marcos de Venecia). Todavía hoy en día se pueden contemplar los sitiales y escudos de los dieciocho cardenales que pudieron participar al conclave que eligió a Pío VII.

Este papa también tuvo bastantes complicaciones con la revolución. Pasado un año de ser elegido papa, negoció con el gobierno de Napoleón el concordato por el que se restableció la Iglesia en Francia. A pesar de que, en 1804, vino a París a ungir a Napoleón como emperador, las relaciones entre ambos se deterioraron.

En 1809 Napoleón decretó que los Estados Pontificios se convirtieran en parte del imperio francés e hizo prisionero al Papa en Savona, donde estuvo recluido durante tres años sin que pudiera tener ningún criado (por lo que tenía que lavarse él mismo su sotana blanca). Después Napoleón lo trasladó al castillo de Fontainebleau (al sureste de París), donde quedó recluido durante dos años, pero el pontífice resistió los esfuerzos del emperador por hacerse con la autoridad papal. Su firme resistencia ayudó a restaurar el prestigio y la talla moral del papado. En 1814 regresó al Vaticano, cuando los fracasos militares de Napoleón le obligaron a liberarlo.

El proceso de beatificación de Pío VII se inició en 2007 por Benedicto XVI.

-6- Las guerras de Vendée

Fue un levantamiento popular que produjo la salida de muchos nobles temerosos de comprometerse. Rebelión religiosa frente a lo que se imponía a sangre y fuego desde París. Una insurrección en defensa del cristianismo que constituye un hecho único en la historia por sus proporciones y el alcance de su represión.

La política religiosa del nuevo régimen y las medidas de excepción contra los sacerdotes ocasionó una grave situación cuya trascendencia iba a ser considerable: la sublevación del oeste de Francia, no solamente la Vendée, sino más a o menos todo el país que se extiende desde el norte del Poitou hasta la Bretaña y la Normandía (en los territorios de los cuatro obispados de Poitiers, Angers, Luçon y Nantes).

Al inicio fue un movimiento popular. La insurrección no tiene una causa única, sino múltiples factores, todos ellos unidos a un descontento progresivo. No se trataba solo de nostalgia por el Antiguo Régimen, sino más bien de desconfianza hacia el Estado y de movimientos defensivos ante un ataque encarnizado a la religión.

La revuelta estalla en el mes de marzo de 1793, cuando la Convención decreta el 23 de febrero una leva de 300.000 hombres «para encarar la súbita baja de efectivos en los ejércitos de la República a causa de las pérdidas, de las deserciones y sobre todo la fuga masiva de los voluntarios reclutados el año anterior...»

El clima de los ejércitos vendeanos fue profundamente religioso: los

campesinos sublevados llevaban prendidas insignias del Sagrado Corazón en tela roja, encuadrado por las iniciales de Jesús y María y con el texto «Dieu et le roi». Llevaban colocadas estas insignias sobre sus chalecos, blusas, o dispuestas como escarapelas en los sombreros de amplias alas. Las columnas avanzaban rezando el rosario; se lanzaban al asalto cantando el *Vexilla Regis*; los capellanes impartían la absolución antes de que se trabara el combate. Ese espíritu religioso se daba también entre aquellos jefes salidos del pueblo, como el buhonero Jacques Cathelineau, llamado el «Santo de Anjou» (fue nombrado generalísimo del Ejército Católico y Real el 20 de octubre de 1793 y fue el general más joven de dicho ejército) y el leñador Stofflet. Entre los nobles, a quienes los campesinos buscaron en sus propias mansiones y castillos para ponerlos al frente de sus fuerzas, esa religiosidad fue menos espontánea al principio; pero una vez tomada la decisión, todos ellos, d'Elbée, Lescure, Bonchamp, Charette y sobre todo Henri de la Rochejaquelein, se mostraron dignos de la fe sólida y simple de sus hombres.

Los historiadores hablan de este acontecimiento como el «Primer genocidio de la Historia Moderna». Los jacobinos pusieron en práctica lo que se considera un ensayo general de «Solución Final». Las órdenes de París eran exterminar la Vendée, hacer de ella un inmenso cementerio. Hubo masacres espantosas.

La Historia conocía ya abundantes ejemplos de guerras y represiones por motivo de religión, que han sido terribles muestras de las crueldades a que a veces ha llegado a lo largo de los siglos la intolerancia religiosa. Pero aquella bestial represión de los católicos de La Vendée fue, como ha dicho Pierre Chaunu, «la más cruel entre todas las hasta entonces conocidas, y el primer gran genocidio sistemático por motivo religioso. Y quizás lo más lamentable fuera que –también por primera vez en la historia– esta masacre se llevó a cabo bajo la bandera de la tolerancia».

El sufrimiento y muerte de los católicos en la Vendée no fue en vano. Ellos lograron una gloriosa victoria, ya que finalmente, a causa del heroísmo que mostraron, la persecución anti-católica de 1790 fracasó. La Iglesia en Francia fue supuestamente erradicada. Sin embargo, ella tomó nueva vida. Como decía Tertuliano, «la sangre de los mártires es semilla de cristianos». En 1801, cuando Napoleón concedió la libertad de culto a todos los católicos de Francia, aquello fue visto como la victoria de la Vendée.

El terror desatado por la Revolución de 1789 ha producido miles de víctimas en Anjou. La Causa de Beatificación, introducida en 1905, comprendía a 99 personas: 15 que fueron guillotinas en Angers y 84 que fueron fusiladas en Champ -des-Martyrs d' Avrillé entre el 30 de octubre de 1793 y el 14 de octubre de 1794. «Nos, acogiendo el deseo de nuestros hermanos Jean Orchampt, obispo de Angers, (...), así como de otros muchos hermanos en el Episcopado y de numerosos fieles cristianos, después de haber escuchado el parecer de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, con nuestra Autoridad Apostólica establecemos que los venerables Siervos de Dios Guillermo Repin y compañeros (...), de ahora en adelante sean llamados Beatos y que su fiesta pueda celebrarse todos los años en los lugares y del modo establecido por el derecho, el día del

tránsito para el cielo: el 1 de febrero para los Beatos Guillermo Repin y compañeros (...). En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»; con esta fórmula, el Papa Juan Pablo II declaró Beatos al R.P. Guillaume Repin y 98 mártires franceses (11 sacerdotes, 3 religiosas y 84 seculares -4 varones y 80 mujeres- que murieron por la fe en Angers en 1793-94, durante la revolución. La ceremonia tuvo lugar en la basílica de San Pedro, en Roma, el domingo 19 de febrero de 1984.

En 1993 se inauguró el Memorial de la Vendée por Alexandre Soljenitsyne para celebrar el bicentenario de la matanza de Lucs, pueblo donde asesinaron a 564 personas en un solo día. Estas víctimas están también en proceso de beatificación.

-7- Las Carmelitas de Compiègne

Es uno de los sucesos más emblemáticos de la revolución y que más conmovió al pueblo francés. No es un caso único ya que hubo en Francia numerosos conventos donde los religiosos fueron guillotinado o fusilados por su fe.

Se trata de dieciséis carmelitas del Convento de Compiègne (al norte de París) que fueron condenadas a muerte por fanatismo (se consideraba que ser católico era ser fanático; hoy se llamaría a esto «fundamentalismo»), y por sedición (obrar en contra del Estado). Se consideró que estaban aliadas al Ejército Católico y Real de la Vendée, ya que las monjas llevaban en sus hábitos una imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Las monjas fueron encarceladas en la prisión de la Conciergerie a la espera de que se cumpliera la pena capital. El cortejo de aquellas religiosas por las calles de París, camino del cadalso, colocado en la actual Place de la Nation, no era el espectáculo fúnebre que estaba acostumbrado a presenciar el populacho parisiense, sino algo muy singular: sobre una carreta al descubierto, las dieciséis carmelitas iban cantando en gregoriano el *Miserere* y la *Salve Regina*. Y cuando avistaron el lugar del holocausto entonaron el *Te Deum*. Todo un rito, ciertamente, pero que entrañaba un torrente de vida. Al pie de la guillotina y ante un silencio impresionante, las carmelitas entonaron el *Veni Creator Spiritus* y fueron renovando una por una su profesión religiosa en manos de la priora, Madre Teresa de San Agustín Lidoine: «Yo...(sor Ana María, sor Carlota, sor Eufrasia, sor Enriqueta, sor Marta, sor Constanza...) renuevo mis votos de pobreza, obediencia y castidad...*usque ad mortem*, hasta la muerte». Jamás se habían pronunciado unas fórmulas de profesión más verídicas ni patéticas que aquéllas.

El papa san Pío X beatificaba a estas mártires el 27 de mayo de 1906. Su fiesta se celebra cada año el 17 de julio.

En este suceso se basó la novela de la escritora alemana Gertrud von Le Fort titulada *La última en el cadalso*. Posteriormente, el escritor francés Georges Bernanos escribió su novela *Le dialogue des Carmelites* y, basada en esta novela, el compositor francés Francis Poulenc compuso la ópera homónima.

-8- Los mártires de Los Carmes (París)

A estos mártires se les llama «des Carmes» por el lugar donde perecieron. Era un antiguo convento de Carmelitas que se había transformado en prisión. En la actualidad, este edificio pertenece a la Universidad católica de París. En la puerta de esta construcción, hoy en día, hay una lápida que recuerda a los que cayeron allí mismo: *Hic ceciderunt* («Aquí cayeron»).

Entre los días 2 al 7 de septiembre de 1792 hubo una serie de juicios sumarios y ejecuciones en masa en París: las «masacres de septiembre». La gente se lanzó al asalto de las cárceles y mató a las personas encarceladas (aproximadamente unos tres mil). Es uno de los episodios más sombríos de la revolución.

El alcalde de París enardecido con vino y alentó con propinas a un grupo de vagabundos para que atacaran el Convento de los Carmelitas en la «Rue de Rennes». Stanislas-Marie Maillart, ejecutor de las órdenes del Comité de vigilancia, condenó, uno a uno, a todos aquellos que se presentaron ante él «a la fuerza». Cuando se abrieron las puertas del convento y salieron los condenados, cayeron todos bajo las picas y bayonetas. Esta masacre duró toda la noche.

Ahí se hallaban presos más de ciento cincuenta eclesiásticos, encabezados por el beato Juan María de Lau, arzobispo de Arles, el beato Francisco José de la Rochefoucauld, obispo de Beauvais, y su hermano el beato Pedro Louis, obispo de Saintes. Se procedió al nombramiento de un «juez», que instaló su tribunal en el pasillo entre la iglesia y la sacristía. Los acusados comparecían ante él de dos en dos. Con ambas manos, el «juez» les presentaba sendos pliegos con el juramento constitucional para que lo prestaran; pero todos lo rechazaron sin la más mínima vacilación. Entonces, la pareja de condenados descendía por la estrecha escalera que conducía al exterior y, al salir, la muchedumbre desaforada los hacía pedazos.

En el año 1926 fueron beatificados por el papa Pío X: tres obispos, 127 sacerdotes, 56 religiosos y tres seglares.

-9- Los mártires de Avrillé (Angers)

Era gente del pueblo, gente sencilla. Unas tres mil personas, la mitad de ellas mujeres, fueron fusiladas entre los meses de enero y abril del año 1794. Eran sacadas de la ciudad en grupos de cuarenta o cincuenta personas, colocadas en línea frente a una zanja y fusiladas. El papa san Juan Pablo II beatificó a noventa y nueve personas en el año 1984. En Angers se construyó una basílica para conmemorar esta masacre.

-10- Los pontones de Rochefort

La ciudad de Rochefort se encuentra situada al norte de Burdeos y al sur de la Bretaña y la Vendée.

Los pontones eran viejos barcos ya desarmados, usados como depósito de material, como cuartel flotante o como prisión. Había dos que servían de prisión: *Les Deux Associés* y el *Washington*, que estaban anclados en Rochefort, en la

desembocadura del río Charente en el mar, en la región de La Rochelle.

Hubo en total 827 prisioneros, sacerdotes y religiosos que, en su mayoría, se habían negado a prestar el juramento de la llamada «Constitución Civil del Clero». De estos prisioneros, 542 murieron durante los meses de cautiverio que pasaron en los pontones, entre el 11 de abril de 1794 y el 7 de febrero de 1795.

Todos tuvieron que soportar terribles sufrimientos y vejaciones por su fe y murieron como consecuencia de esos malos tratos. Los 285 supervivientes fueron liberados el 12 de febrero de 1795 y pudieron volver a sus pueblos de origen. Algunos de ellos han dejado testimonios escritos de los ejemplos heroicos de sus compañeros de martirio, que han permitido preparar los procesos de beatificación y canonización de estos últimos, aunque no fue posible obtener testimonios acerca de todos.

Alguno de los testimonios que han quedado acerca de estos martirios dice: «Espantoso suplicio el padecido durante muchos meses por esos sacerdotes y religiosos, durante la revolución francesa, hacinados en la bodega de navíos negreros, por haber permanecido fieles a Dios y a la Iglesia de Roma. Se pudren vivos consumidos por la enfermedad, convulsionados por la fiebre y víctimas de la desazón producida por los parásitos, trastornados, muriendo de hambre y de sed».

En L'Ile Madame, junto a La Rochelle fueron deportados y murieron numerosos sacerdotes. Al sureste de la isla, una gran cruz de guijarros en el suelo marca el lugar donde fueron enterrados. Es un lugar de peregrinación anual a finales del mes de agosto para conmemorar la muerte de estos mártires.

-IV- Los mártires anónimos

Esos casos emblemáticos no nos permiten olvidar a una gran cantidad de personas masacradas por odio a la fe y cuyos nombres no se han conservado.

-1- Estadísticas

Se calcula que la revolución provocó 800.000 muertos (dos millones si se incluyen las Guerras napoleónicas, que fueron consecuencia y continuación directa de la revolución):

- 400 nobles al inicio de la revolución fueron asesinados en sus castillos.
- 32.000 muertos en guerras civiles
- 3.400 muertos en las masacres de París de 1792.
- 13.800 guillotinos.
- 200.000 muertos en la Guerra de Vendée.
- 87.000 militares franceses asesinados por la gente.
- 7.000 muertos de hambruna.
- 14.000 emigrados guillotinos.
- 18.500 fusilados o ahogados en provincias.
- 30.000 ahogados en Nantes.
- 14.000 asesinados al sur de Francia, especialmente en la Provenza.
- 290.000 soldados muertos en combate.

- 31.000 exterminados en Lyon.
- 42.000 guillotinos fuera de París (solamente 17.000 tuvieron juicios).

De todos estos muertos, únicamente 350 personas han sido beatificadas.

-2- Tipología de los mártires

Al inicio, los primeros asesinados fueron señores; después sacerdotes refractarios y religiosos fugados. Durante el gobierno de Robespierre (1793-1794) fueron asesinadas indistintamente todo tipo de personas de las que se pudiera dudar acerca de su apego a la revolución.

-V- Conclusión en síntesis

-1- El «odium fidei»

Odio radical, total e histérico a la fe y a la Iglesia. La única explicación del martirio de estas personas es su condición de cristiano. Sin embargo, muchas no han podido ser beatificadas porque se unen a este motivo otros, como el político.

-2- Eliminar a la Iglesia

De la confrontación de ideas, se pasó a la eliminación de los creyentes a partir del verano de 1792. Manuel Azaña dijo: «Si no se les puede borrar políticamente, hay que eliminarlos físicamente». Se quiere, de tal forma, hacer desaparecer a la Iglesia. Se llegó a imponer un calendario republicano para cambiar totalmente de era y esconder toda huella de cristianismo. El Estado abandonó a la Iglesia constitucional que desapareció totalmente a partir de 1793, intentando imponer el culto de la diosa Razón y después la Teofilantropía, que tampoco consiguieron asentar.

La revolución hizo desaparecer el culto público hasta su restablecimiento con el Concordato napoleónico de 1801.

-3- Figura y anuncio de muchas revoluciones

La revolución de 1789 ha sido modelo, figura y anuncio de muchas revoluciones de los siglos XIX y XX.

Napoleón quiso expandir por toda Europa las ideas e instituciones de la revolución.

En la revolución rusa de 1917 no se cantaba la Internacional, sino la Marsellesa.

En la revolución mejicana tuvo lugar la «Guerra de los cristeros» (1926 a 1929), también por motivos religiosos.

En España, la Constitución española aprobada el 9 de diciembre de 1931 por las Cortes Constituyentes declaraba el carácter laico del Estado. Por primera vez en la historia del constitucionalismo español, se puso fin a la confesionalidad del

estado al proclamar el artículo 3: «El Estado español no tiene religión oficial», y en su artículo 26 se desarrolló de forma radical este principio laico de completa separación de la Iglesia y del Estado al definir a las confesiones religiosas como «asociaciones sometidas a una ley especial». Esta normativa se inspiró en buena medida en las establecidas en la revolución de 1789.

La revolución china de 1949: el 1 de octubre de 1949, Mao-Tse-tung proclamó en Pekín el nacimiento oficial de la República Popular China. Con ella se impuso el «Movimiento Patriótico Las Tres Autonomías», que era copia absolutamente fiel de la «Constitución civil del clero» en Francia y que ejercía la dominación del Estado sobre los católicos en China. Los cristianos, sobre todo los obispos y sacerdotes, fueron perseguidos, asesinados, atacados y encarcelados por las autoridades.

Camboya, en 1979: los Jemeres rojos (organización guerrillera camboyana) habían estudiado en las universidades de París y quisieron imponer en su país el modelo de la revolución de 1789. Durante los cuatro años que duró su régimen (abril 1975 a enero de 1979) sus acciones y maneras de imponer su política condujeron a lo que se conoce como el «genocidio camboyano», en donde se llegó a matar a la tercera parte de la población del país.